

CRISTIANA PARA ESPAÑA

por José María GIL-ROBLES y GIL DELGADO

1 Al cabo de cuarenta años de un sistema autoritario que había acaparado para sí todo el poder, los españoles nos encontramos ante la tesitura de tener que ejercer como árbitros de nuestro propio futuro.

Naturalmente, la ocasión se presta para que al ciudadano medio se le formulen múltiples ofertas (al menos al habitante de las grandes urbes, porque habría que ver cuántas opciones se hallan realmente presentes en zonas extensas del país), a menudo disfrazadas con etiquetas que «suenan» bien, que tienen un aire europeo y democrático. Así ocurre con la democracia cristiana, con la socialdemocracia, el socialismo, etc.

Ocorre, sin embargo, que ese ciudadano medio no es tonto. Quizá algunos «neo-demócratas» creen lo contrario, pero se es demócrata precisamente por confiar en el buen sentido político de los conciudadanos, por creer que el pueblo no es un conglomerado de menores de edad, sino un conjunto de gentes que saben bien lo que quieren y lo que más les conviene.

Pues bien, ese ciudadano medio sabe que en España hay una serie de partidos, distribuidos por todo el territorio del Estado, a los que se les suele llamar «homologados». Son los partidos que componen la Federación Popular Democrática (Partidos Populares Democráticos de Aragón, Andalucía, Castilla y del Oeste y Democracia Cristiana Vasca), Izquierda Democrática, Unión Democrática de Cataluña, Unión Democrática del País Valenciano, Partido Nacionalista Vasco y Partido Popular Gallego. Todos ellos conjuntados en el Equipo Demócrata-Cristiano del Estado Español, que tiene su Secretariado Político, una representación internacional conjunta y órganos comunes en materia de formación, investigación, etc. Es decir, un conjunto sólido, de partidos con una misma ideología y objetivos comunes y con siete años de rodaje y experiencia de actuar conjuntamente.

2 El término «homologados» es equívoco. Parece indicar como si fuese la Unión Europea Demócrata-Cristiana la que hubiese dado un marchamo de legitimidad a los partidos que he citado. Y eso no es exacto. La legitimidad demócrata-cristiana no nos la ha reconocido ni nos la tiene que reconocer nadie. Nos la hemos ganado a pulso construyendo, en unión de los demás partidos de nuestro continente, la Unión Europea Demócrata-Cristiana, desde su fundación en los locales del Partido Nacionalista Vasco en París hasta la elaboración del Manifiesto Europeo, pasando por la participación en todos los Congresos, tanto europeos como mundiales, en las distintas comisiones, en el Consejo Directivo, etc.

Ni la Unión Europea ni la Unión Mundial son algo ajeno a nosotros. Son agrupación de quienes con nosotros comparten unos ideales, no tribunal que nos haya de examinar y aprobar.

3 He dicho que los partidos de Equipo Demócrata-Cristiano tienen una ideología común en sus rasgos esenciales. No podía ni puede ser de otro modo, pues esos grandes principios básicos, esos ideales compartidos, son los que permiten calificar a un partido como demócrata-cristiano.

Quien quiera separar el grano de la paja, quien pretenda ir al fondo de las cosas y no dejarse guiar por simples etiquetas, tiene en esos principios una guía segura. Para saber si un partido es demócrata-cristiano o no, no tiene más que comprobar si es fiel —con sus hechos, no con meras palabras— a los ideales que a continuación enumero:

a) La afirmación del valor de la persona y la fe en el hombre, en su aptitud para ser libre y tomar por sí mismo decisiones razonables. Es decir, la defensa de los derechos de la persona humana, «para todos» sin excepción, y su tutela efectiva por un poder judicial independiente.

b) La fidelidad a la democracia como un valor sustancial. La democracia no es para nosotros un instrumento que se usa cuando no hay más remedio, un expediente para hacerse con el poder o para conservarlo. Tiene un valor educativo en el respeto a las ideas e intereses del adversario, el juego limpio en la lucha social y política, etc., y un valor de garantía de protección a los derechos de la persona en el proceso de cambio social y de defensa de la participación en la toma de decisiones a todos los niveles. Para ser demócrata-cristiano hay que empezar por sentirse demócrata y actuar como tal.

c) El reconocimiento de una pluralidad de comunidades, en las cuales el hombre vive su vida y se realiza, y que van desde la familia a la comunidad europea. Los demócrata-cristianos hemos hecho Europa sin descuidar la potenciación de sus regiones, de sus municipios, etc. Quien no reconozca este derecho de las comunidades a autogobernarse y a contribuir al gobierno de las más ampliar (esta es la esencia del federalismo) no ha comprendido nada de la democracia cristiana.

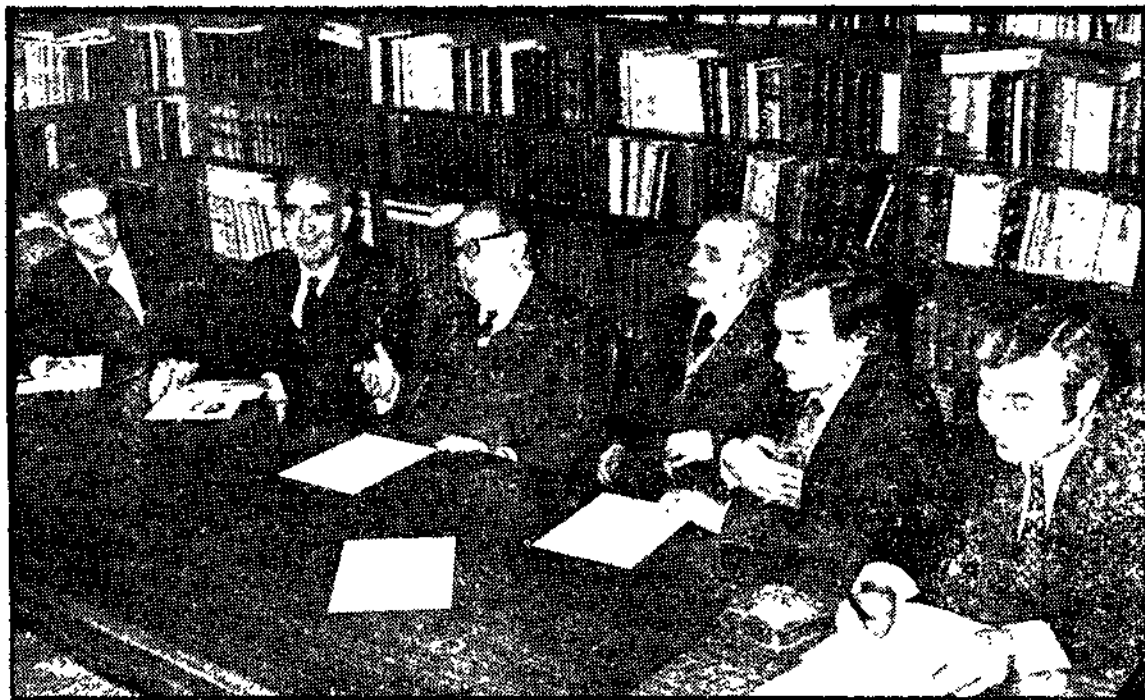
d) La defensa de la solidaridad, que no supone negar la lucha de clases ni los demás conflictos, sino rechazar el que puedan resolverse por la dominación de un grupo de una clase, ni por la eliminación del adversario.



e) La búsqueda de la igualdad mediante el uso de toda clase de instrumentos: fiscalidad, planificación, formas privadas y públicas de propiedad, huelgas y mecanismos sindicales, sin convertirse en prisionero de ninguno de esos medios, sino dirigiéndolos al objetivo de hacer una sociedad de hombres iguales.

f) La aspiración de lograr una sociedad fundada sobre normas éticas, con libertad para cada uno de tener sus propias convicciones y excluyendo legalmente cualquier forma de agresión de unos hacia otros.

Principios todos ellos decisivos para lograr una convivencia entre todos los españoles en paz y libertad. Ideales que estamos seguros de que comparte una gran masa de ciudadanos, que quiere el restablecimiento de una democracia auténtica por medio de unas elecciones libres y limpias.



Estas son seis de las «cabezas visibles» de la Democracia Cristiana española. Son los seis líderes del equipo D. C. que el pasado lunes fue recibido por el Presidente Suárez, en el primero de sus contactos con grupos y personalidades de la oposición